

Saga Conquista III

EL SENDERO

DE LA

Venganza

MAR ÁLVAREZ

La promesa de un niño ante la tumba de sus padres.

La obsesión de una niña por quien cree el amor de su vida.

El pasado une a Javi y a Angélica de manera trágica y desconocida para ambos: mientras él se siente sujeto a su juramento de venganza, intensificado por su sentido del honor, ella no está dispuesta a dejar pasar la única oportunidad que le brinda el destino para enamorar al hombre con el que lleva soñando desde que era una cría.

Javier estaba convencido de que nada sería capaz de apartarlo de su objetivo. Sin embargo, no contaba con que una hechicera de ojos verdes se le cruzase en el camino y que, para su desgracia, se tratase de la única mujer a la que nunca podría permitirse amar; alguien capaz de provocarle, con su dulzura y belleza, un terremoto interior al comprobar como los sentimientos que le mueven en su dirección está fuertemente en oposición con la meta vital que se ha marcado.

Ambos aprenderán que la venganza es un sendero difícil de transitar y que se mueve en ambas direcciones: al igual que tiene un camino de ida, también lo tiene de vuelta. La fatalidad les demuestra que, en cada extremo de esa senda, sólo los espera el dolor y el sufrimiento, a menos que consigan encontrar el equilibrio en algún punto intermedio del camino.

¿Quién ganará la batalla en este enfrentamiento de voluntades en el que los dos pierden de todas formas? ¿Podrán las familias Alonso y Espinosa volver a converger en una sola?

*A Paqui, Fali,
Rafa, Migue, Jose
y al resto de mi otra familia...
Gracias por acogerme
desde el primer momento
como a una más entre vosotros.*

Prólogo

La Promesa

El Puerto de Santa María. Verano de 1500

Javier observaba en silencio a su hijo mientras hacían el camino de regreso a casa. Su mujer, Mariana, y su hija, Beatriz, dormitaban en el coche que los trasladaba desde Sevilla. Habían pasado parte de la primavera en la tierra de su esposa con su familia y también con don Felipe, a quien consideraba como su padre tras la muerte del suyo cuando era muy pequeño.

El niño mantenía la vista perdida en un punto indefinido del horizonte, en un silencio inusitado. Era un chaval con la curiosidad propia de los seis años que tenía, que todo lo hablaba y todo lo comentaba, en especial con su padre, con quien mantenía una relación muy estrecha. Pero desde que habían salido de Sevilla, varias horas atrás, prácticamente no había soltado ni una sola palabra. Cuando estaban a punto de llegar a su destino, Javier no pudo aguantar por más tiempo aquel silencio.

—Hijo, ¿qué es lo que te pasa? Llevas todo el camino callado. Se me hace extraño no haber oído tu voz en todo el trayecto. ¿Acaso te encuentras mal?

El pequeño miró a su padre con curiosidad, examinándolo como si nunca antes lo hubiera visto, algo que no pa-

só desapercibido para Javier que conocía cada gesto y cada mirada de su hijo.

–¿Qué es lo que te inquieta, Javi? –le preguntó serio, convencido de que algo le sucedía.

–Padre... ¿puedo hacerle una pregunta?

–Claro que sí –asintió a la vez con la cabeza.

El niño meditó sus siguientes palabras.

–Padre, ¿por qué soy tan diferente a madre y a usted? Incluso mi hermana es diferente; no nos parecemos en nada.

–¿A qué te refieres exactamente? –Javier entrecerró los ojos con recelo.

El niño se miró las manos antes de volver a alzar los ojos para clavarlos en aquellos otros de color miel de su padre.

–Mi aspecto... no es como los de ustedes. Mi piel es morena, mis ojos rasgados, mi nariz ancha, mi pelo negro y lacio... ¿Por qué no me parezco a usted o a madre, o a alguien de nuestra familia? ¿Por qué soy tan... diferente?

Javier asintió con comprensión. Siempre había sido consciente de que era cuestión de tiempo que tal pregunta le fuera formulada.

–¿Por qué te cuestionas ahora tales detalles? ¿Por qué ahora te inquieta que nuestros rasgos no se asemejen?

–Porque en el tiempo que hemos estado en Sevilla, he oído cosas sobre mí, sobre ustedes...

Javier inhaló aire hasta llenar sus pulmones por completo.

–¿Qué cosas han sido esas? –preguntó, no sin temor.

El niño se mordió el labio inferior nervioso, gesto que imitaba de su madre.

–Oí decir que mi aspecto era el de un nativo del Nuevo Mundo. Que, con estos rasgos, usted y madre no podrían ser mis padres. –La mirada del crío revelaba todo el temor que sentía en aquellos instantes—. ¿Significa eso que yo no soy su hijo?

Su voz se quebró un instante, como si todo cuanto había conocido en sus escasos seis años de vida pudiera derrumbarse de un momento a otro.

Su padre lo miró con seriedad, dando la importancia que merecían cada una de sus palabras.

—Javier, voy a decirte algo y quiero que te quede claro, ahora y para siempre. —Apoyó su peso sobre sus rodillas para acercarse más al niño, mientras lo miraba a los ojos con fijeza—. Tú eres nuestro hijo. No permitas nunca que nadie lo ponga en duda.

—Entonces, ¿por qué dijeron tal cosa?

El hombre sintió de repente cómo una mano se posaba sobre su antebrazo. Volteó la cabeza y se encontró con los ojos oscuros de su esposa que lo miraba con seriedad, señal de que estaba al tanto de la conversación que sus dos hombres mantenían en aquellos instantes. Le tomó la mano en un afán de reconfortarla y le sonrió. Ambos sabían que esa conversación llegaría tarde o temprano. Que algún día deberían contarle la verdad a su hijo sobre sus orígenes y la causa de que ellos se hubieran hecho cargo de él cuando faltaron sus padres de nacimiento. Nunca habían tenido intención de ocultárselo. Pero con el transcurrir de los años, aquella historia había quedado atrás, no olvidada, pero sí aparcada por tiempo indefinido. Y aunque ninguno de los dos había vuelto a hablar del tema desde hacía mucho, parecía que por fin había llegado el momento de afrontarlo.

Javi era un niño inteligente y despierto. Estaban convencidos de que sabría entender la historia que debían contarle; pero no por ello resultaba fácil dar el paso. Mientras fuera pequeño, omitirían los detalles más desagradables, limitándose a explicarle su procedencia y poco más. Cuando fuera un hombre adulto, si él seguía interesado en conocer el resto de la historia, se lo contarían. Así lo habían acordado años atrás y así lo harían.

–Hijo, hay algo que tienes derecho a saber y que te contaré tan pronto como lleguemos a casa. Nos queda poco trayecto y creo que es mejor que lo hablemos sentados en el lugar que tanto te gusta.

–¿En la playa, padre? –Los ojos oscuros del chico se iluminaron ante la sola mención del lugar.

–Sí. Puesto que es una historia que ha atravesado el inmenso océano, debes conocerla frente a su plenitud.

El niño asintió y esperó impaciente el momento prometido, que llegó apenas una hora más tarde. Aquel tiempo le sirvió a Javier para ordenar las ideas con el fin de explicar a su hijo lo que necesitaba saber de una manera comprensible para su edad.

Sentados en la arena, padre e hijo, uno junto al otro, contemplaban la hermosa puesta de sol que poco a poco pintaba el horizonte con bellos colores rojizos y violetas.

–¿Me explicará ahora por qué soy diferente, padre? –le preguntó el pequeño sin poder retener más la curiosidad.

–Hijo –giró su rostro para mirarlo a los ojos–, si tus rasgos son distintos a los nuestros es porque tú no has tenido un solo padre y una sola madre como todo el mundo. Por el contrario, has tenido dos. –Suspiró con pesar antes de continuar–. Lamentablemente, aquellos que te dieron la vida ya no están hoy con nosotros; Dios decidió llamarlos a su lado antes de tiempo. Por ese motivo tu madre y yo nos hicimos cargo de ti, para cuidarte y criarte como si fueras sangre de nuestra propia sangre.

El pequeño Javi meditó un momento lo que le decía su padre.

–Entonces, ¿eso significa que madre y usted no son en realidad mis verdaderos padres? ¿Qué yo no nací de la tripa de madre como lo hizo mi hermana?

–Así es, hijo –asintió con la cabeza–. Pero que nosotros no te engendraramos no significa que no seas hijo nuestro. Sabes que siempre te hemos querido y te hemos considerado como tal.

—Entonces, ¿quiénes fueron? —A pesar de lo chocante que era, parecía que la noticia no le había afectado demasiado.

Javier volvió a tomar aire y por unos instantes, pareció perderse en sus recuerdos.

—Tu madre, la que te llevó en su vientre, se llamaba Anani y era una mujer bellísima, hija del jefe de una tribu taína. Tu otro padre, que se llamaba Cuauhtemoc, era un valeroso guerrero. Ambos eran naturales de la isla de La Española y los conocimos cuando yo aún me dedicaba a surcar los mares, en un viaje en el que tu madre me acompañó. Ella ayudó a tu otra madre, Anani, a traerte a este mundo, por eso siempre fuiste tan especial para nosotros. Desde el mismo momento en que naciste, se creó un vínculo muy especial y estrecho contigo. Al fallecer tus padres, decidimos que nosotros ocuparíamos el lugar que ellos debieron disfrutar, prometiendo que haríamos todo cuanto estuviera en nuestra mano para que fueras uno más entre nosotros. Ese es el motivo de que no te parezcas ni a ella ni a mí, y que los rasgos de tu cara sean diferentes a aquellos con los que tú tratas de manera habitual.

—¿Murieron porque estaban enfermos? —le preguntó con inocencia.

Su padre meditó la respuesta. No le diría lo que pasó, pero tampoco le mentiría.

—No, hijo. Por desgracia, hubo unos hombres malos que les hicieron daño.

Un profundo silencio se hizo entre los dos.

—Me hubiera gustado conocerlos... —afirmó al fin, tras meditar unos instantes.

—Y a nosotros también, pero la providencia juega a veces unas cartas un tanto crueles. Lo único que puedo ofrecerte, si lo deseas, es la posibilidad de visitar el lugar donde naciste para que puedas conocer por ti mismo cuáles son tus orígenes. Tus padres yacen en aquel mismo lugar donde perecieron, y si así lo quieres, me comprometo a

llevarte junto a ellos para que puedas rezar una oración por sus almas.

El niño alzó la mirada para clavarla en la de su padre.

–¿Podría, padre, podría?

Javier asintió con la cabeza antes de contestar.

–Es una deuda que tengo pendiente contigo desde el mismo instante en que me hice cargo de ti. Tienes derecho a conocer el lugar en donde viniste al mundo y en el que a buen seguro hubieras crecido si tus otros padres no hubieran faltado.

–¿Viajaríamos al Nuevo Mundo? –La excitación del niño creció al momento.

–Sí, si eso es lo que deseas.

–Oh, sí, padre... Por favor...

–Entonces, tienes mi palabra. Se lo diremos a tu madre y organizaremos la partida tan pronto como sea posible.

En el rostro del crío se dibujó una sonrisa radiante y complacida.

–Gracias... Es usted el mejor padre del mundo –afirmó con inusitada sobriedad para su corta edad.

Aquella afirmación tan categórica provocó una sonrisa de satisfacción en Javier.

–Me alegra saberlo, hijo.

–Y madre, también es la mejor madre del mundo –dijo convencido.

Javier hizo un esfuerzo por no reír.

–En tal caso, digámoselo a ella. Seguro que le hará muy feliz saberlo.

Se levantaron de la arena y se sacudieron las calzas.

–Sí –afirmó el niño con rotundidad–. Quiero que madre se ponga contenta.

Y así, juntos, cogidos de la mano, volvieron a casa a continuar con su vida.

Javier tuvo la sensación de haber superado con éxito su primera prueba de fuego.

Pocos meses después, el pequeño Javier se encontraba ante la tumba de Anani y Cuauhtémoc, rezando por su alma en silencio, de rodillas, con las palmas de sus manos unidas y los ojos cerrados, tal y como le habían enseñado a hacer.

Junto a la oración, unas palabras de venganza fueron también pronunciadas; palabras impropias para un niño de su edad:

«Algún día, padres, descubriré a la persona que os hizo daño. Y hoy, ante vuestra presencia, prometo que vengaré vuestra muerte, así me cueste mi propia vida».

Capítulo 1

Despedida

Sevilla, 1509

Micaela se sostenía agarrada con una mano sobre el brazo de su marido, mientras que, con la otra, pañuelo en mano, se secaba las lágrimas que en silencio caían por su rostro. Giró la cabeza para mirar a su esposo que, con la mirada perdida, trataba de mantener el tipo mientras el sacerdote recitaba su homilía. Le estaba costando demasiado contener el llanto, pero debía parecer fuerte, tanto por él como por sus hijos, quienes no podían disimular el dolor por la pérdida de su abuelo.

Por un momento desvió sus ojos verdes del horizonte y los dejó reposar en el ataúd que tenía a sus pies y que en breve sería deslizado dentro de la oscura cavidad del suelo, en el interior de la cripta familiar. El nudo que sintió en la garganta se hizo por momentos insoportable.

Allí yacía su padre... El mejor hombre que había conocido en toda su vida. Aquel que se había encargado de sacarlo adelante tras la muerte de su madre; el que lo había criado y le había enseñado a amar tantas cosas. Era consciente de que no siempre había sido el hijo que él hubiera deseado tener y que, durante muchos años, le había causado demasiado dolor con sus actos irresponsables. Pero al menos sentía que durante los últimos años de su vida, y sobre todo a raíz de conocer a su esposa, se había

convertido en el hombre cabal, honrado y honorable que su padre siempre había deseado que fuera. Le quedaba el consuelo de pensar que durante esos años estaba seguro de no haberle fallado como lo había hecho durante su juventud. Y su padre, hombre de corazón inmenso, puro y noble, lo había perdonado por todos sus errores del pasado. Y para Manuel, ese perdón no tenía precio.

Tragó con dificultad al repasar, en apenas unos minutos, lo que había sido su vida junto a aquel hombre al que ahora debían despedir para siempre. Su tristeza era tan profunda que se sentía a punto de quebrarse. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para mantenerse firme. Las lágrimas que llevaba derramadas, y las que aún le quedaban por verter, las sacaría en la intimidad de su hogar, junto a su mujer, la única persona que de verdad lo conocía de la misma manera que lo había conocido su padre. La única que sabía de todas sus miserias, sus quebrantos, sus pesadillas y sus pesares. Aquella que, al igual que su padre, había logrado ver en él lo que muy pocos, por no decir nadie, había visto: que aún quedaba algo de bueno en su interior y que merecía la pena volver a tener una oportunidad en la vida para redimirse de sus graves pecados.

Ni siquiera sus hijos sabían de su pasado, y si de él dependía, jamás lo sabrían. Sería demasiado crudo y doloroso tener que explicarles alguna vez el tipo de hombre que había llegado a ser y del que, por fortuna, ya no quedaba nada.

De repente, notó que lo tomaban de la cintura y que una cabeza se posaba sobre su brazo. Miró a su derecha y vio a Angélica, la mayor de sus cinco hijos, buscando su consuelo. Manuel levantó el brazo y le dio cobijo en su costado. Las lágrimas de la joven de doce años empezaron a caer acompañadas de sollozos que no pudo reprimir. Trató de sonreírle para infundirle ánimos y decirle que

todo iba a estar bien... aunque aquella leve sonrisa no pasó más allá de sus labios.

La niña, ojito derecho de su padre, había adorado a su abuelo. A pesar de haberlo conocido teniendo ya cierta edad, su contacto con él había sido intenso, incluso viviendo con un océano de por medio entre el uno del otro. Angélica, que adoraba viajar, había pasado largas temporadas en casa de su abuelo conviviendo con él. Y aunque sus padres sufrían cuando tenían que separarse de ella (ya que su residencia la tenían establecida a las afuera de Santo Domingo, en la isla de La Española), Angélica había logrado convencerlos para que al menos le permitieran pasar un par de meses al año viviendo con su abuelo.

Y habida cuenta de que a don Felipe le encantaba tener a la niña con él, y que los años pesaban cada vez más en la salud del hombre, Manuel y Micaela no se habían sentido con ánimo para impedir que abuelo y nieta pasaran juntos todo el tiempo que les fuera posible.

La unión de sus otros cuatro hijos con don Felipe también había sido fuerte, pero no tan estrecha como la que había establecido con la primogénita. Al igual que esta, también sus hermanos habían pasado alguna temporada que otra con su abuelo paterno, pero al ser más pequeños, este tiempo había sido más corto, y normalmente se limitaba a los períodos en que sus padres atravesaban el Atlántico (viaje que hacían una vez al año al menos) para visitar al anciano.

En el último viaje de la familia, en el que tenían previsto recoger a Angélica para llevarla de vuelta a casa, lo encontraron especialmente cansado y desmejorado, por lo que decidieron alargar su estancia un poco más, al intuir que el final del hombre estaba cerca.

Por desgracia, no se equivocaron.

Al menos a la familia Espinosa le quedó el consuelo de haber podido estar allí para despedirse de él y darle com-

pañía en sus últimos días de vida. Una vida plena y llena de vivencias. Pero, sobre todo, llena de amor.

Porque don Felipe no solo tenía un hijo biológico que le había dado cinco hermosos nietos, sino que también había gozado del amor y respeto de un hijo *adoptivo* del que se había sentido tan orgulloso como si en realidad hubiera sido su padre legítimo.

Y por supuesto, ese otro *hijo*, junto con el resto de su familia, no podía faltar en aquellos momentos.

Manuel desvió la vista para centrar su mirada en Javier, Mariana y los hijos de éstos: Javier, que ya debía tener alrededor de quince años, Beatriz, de nueve y el más pequeño de todos, Ramón, de seis.

Por un momento la mirada de Manuel y Javier se cruzaron, reconociéndose en ellos la sintonía compartida antaño. No en vano, durante muchos años se habían tratado como hermanos, aunque graves sucesos del pasado, cuya responsabilidad recaía en los hombros de Manuel, había provocado que se produjera un distanciamiento difícil de salvar.

No obstante, con el transcurrir del tiempo, aquella tensión que durante mucho había existido entre ambos se había suavizado considerablemente. Nunca llegaron a recuperar la camaradería que los unió en la infancia y la juventud, pero si consiguieron retomar una relación que durante algunos años había llegado a ser inexistente. A buen seguro esa relación se hubiera estrechado aún más si no fuera porque sus respectivas esposas no simpatizaban entre ellas, cada una por sus motivos. No obstante, al menos entre los antiguos amigos, se había recuperado el respeto y parte del trato que una vez tuvieron.

Javier asintió con la cabeza, adivinando los pensamientos que en aquel momento cruzaban por la cabeza de Manuel. Él se sentía igual: partido de dolor por la marcha de un hombre al que había querido como a un padre y que le había servido de referente para crecer como hombre y co-

mo ser humano. A diferencia de Manuel, lágrimas de tristeza brotaban silenciosas de sus ojos de color miel para resbalar lentas por sus mejillas. Sencillamente, no se sentía con fuerzas suficientes para poder retenerlas.

El responso duró el tiempo previsto. La mañana había amanecido cálida y bochornosa aquel día de septiembre. Las nubes habían querido hacer aparición para acompañar la tristeza de los congregados en el Campo Santo y despedirse de aquel gran hombre.

Poco a poco, los asistentes al sepelio se fueron dispersando, no sin antes acercarse a Manuel y a Javier para presentarles sus respetos y ofrecerles sus condolencias.

—Se nos ha ido, Javier... —le comentó el primero cuando ambos hombres quedaron solos al fin. Su voz sonaba alicaída como nunca en su vida. Las últimas horas habían resultado agotadoras en el aspecto emocional.

—Te agradezco que nos haya dado aviso cuando te diste cuenta de la situación —contestó Javier más tranquilo que antes—. De lo contrario, no habiéramos llegado a tiempo para despedirnos de él.

—No tienes nada que agradecer —reconoció Manuel encogiéndose de hombros—. Para él, eras tan hijo suyo como yo. Siempre te quiso con locura y siempre fuiste su mayor orgullo. Incluso más que yo, aunque debo reconocer que con razón. Nunca le diste motivos para reprocharte nada, mientras que... —El nudo que a duras penas llevaba conteniendo pareció a punto de deshacerse—. Ahora que se ha ido, no puedo dejar de pensar en los años en que tanto lo defraudé.

—No pienses en eso. —Javier posó su mano sobre el hombro de su amigo para reconfortarlo—. Aquello pasó hace muchos años y él te perdonó. Todos te perdonamos.

Manuel fijó sus ojos en Mariana, esposa de su amigo, que se mantenía retirada unos pasos de distancia otorgando a los dos hombres cierta privacidad.

—No todos...